

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 23



LOS ASISTENTES

SIEMPRE que asisto á la representación del sainete con cuyo título encabezo estos renglones, saboreo con deleite los golpes de ingenio y los primores de gracia que ha derrochado en sus escenas su aplaudido autor, mi queridísimo amigo y dos veces compañero Pablo Parellada.

Todos los personajes de su obra están pintados de mano maestra, especialmente Pons y Martínez, que son dos asistentes vivos y efectivos: y no habrá oficial del ejército que no haya tenido á su servicio algún individuo de candidez tan infantil como la que respiran aquel Martínez y aquel Pons.

Escudriñando los rincones de mi memoria, recuerdo hoy, entre otros, á tres asistentes que en sencillez y en bondad no les fueron en zaga á los que Melitón González retrata tan á maravilla en su aplaudidísimo sainete, y no puedo resistir al deseo de sacarlos al público.

Allá por el año de...—no hace al caso puntualizar la fecha, harto lejana ya por desgracia,—vivíamos en Cádiz, en un mismo pabellón, Pepe Navarrete, distinguido oficial de artillería entonces, y después eminente literato y renombrado autor de *Las llaves del Estrecho*, Leopoldo Español, capitán en aquella época y hoy ilustradísimo coronel, y el autor de este artículo.

Comíamos juntos por nuestra cuenta y cada mes llevábamos uno de los tres la contabilidad y el manejo de la casa. La vez que Navarrete estuvo encargado de tan importante servicio casero se cerró la cuenta mensual con un déficit de relativa importancia, que explicó perfectamente el cuentadante, recordándonos la variedad de platos presentados y el derroche de manzanilla consumida. Con objeto de normalizar nuestra situación financiera, y no juzgándonos á propósito para el caso ninguno de los tres, delegamos nuestros poderes en Gómez, que era el asistente encargado de nuestra cocina, y que en punto á económico no conocía rival.

—Tráeme unos guantes blancos, como éste, de doce reales, de la guantería que hay en la calle Ancha,—le dije en cierta ocasión; y Gómez me los trajo y me devolvió medio real, diciéndome que los había sacado por once reales y medio. Y lo que sucedió con los guantes sucedía con casi todo lo que nos compraba. Hasta *La Correspondencia de España* la sacaba muchas noches por un cuarto, y eso que los vendedores solían exigir cuatro por cada número. ¿Cómo se las arreglaba Gómez? Nunca pudimos saberlo.

Pues ese Gómez fué el encargado de nivelar nuestro presupuesto, y cumplió tan admirablemente su cometido, bien que á costa de nuestros estómagos, sentenciados durante treinta días á una dieta casi absoluta, que al hacer el balance mensual resultó un decente *superavit*.

Con aquel motivo, con el motivo de lo mal que andábamos de alimentación, escribió Navarrete unos lindos versos que empezaban así:

¡Qué mal se come, qué mal!
¡Qué guisados tan atroces!
Cada papa dice á voces
que estamos sin un real.

Pero la verdad es que Gómez se portó como un héroe y á nosotros nos hizo héroes... *de por fuerza*.

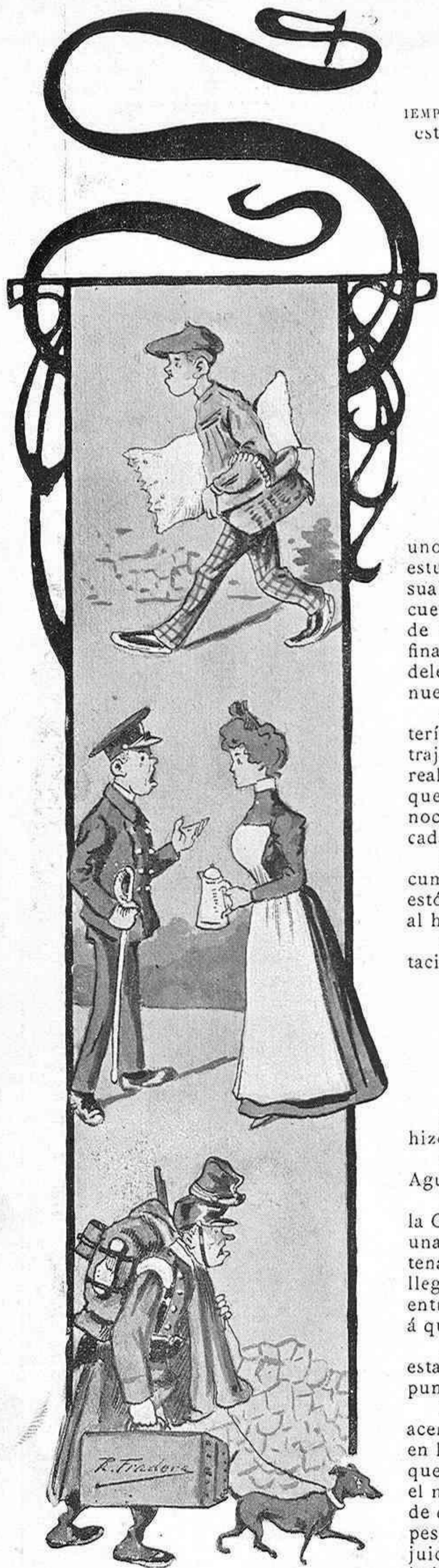
De otro asistente conservo también muy buen recuerdo. Se llamaba Agudo, y, sinó la agudeza, era su fuerte la bondad.

Vivíamos en Sevilla, en una famosa casa de huéspedes de la calle de la Cuna, varios oficiales de distintas armas. Uno de ellos tenía amores con una linda joven jerezana, cuyos padres, no sé por qué causa, se oponían tenazmente á aquellas relaciones. La chica y los autores de sus días debían llegar á Sevilla en el tren de las once de la mañana, y, deseando su novio entregarle una carta en cuanto bajaran del vagón, me propuso que Agudo, á quien aquéllos no conocían, fuera el comisionado para la entrega.

Debo advertir que en aquella época, Sevilla, como casi toda Andalucía, estaba plagada de secuestradores y rateros, por lo que la policía no se daba punto de reposo para ver de atraparlos.

Llegó el tren, y Agudo, vestido de paisano, como iba casi siempre, se acercó á la novia de mi amigo y trató,—aprovechando el barullo que había en la estación,—de introducir en su bolsillo el consabido billete amoroso que ella, sospechando la procedencia, guardó después con maña. Pero en el mismo instante, el pobre asistente se vió cogido por los robustos brazos de dos polizontes que, después de decirle mil denuestos y de darle varios pescozones, le condujeron á la cárcel. Agudo, por no causar el menor perjuicio á los novios, se negó en absoluto á declarar lo que buscaba en el bolsillo de la muchacha, y sólo, cuando bien entrada la noche recibí un

aviso suyo, pude sacarle del encierro, después que logré convencer al director de la cárcel de la inocencia del detenido. Y si caro le costó á Agudo el entregar la carta, mucho más caro le salió á Contreras la salida de su



amo el capitán Rodríguez, mi compañero de alojamiento en Logroño, durante los últimos meses de la última guerra civil.

Cumplidor exactísimo de los deberes militares, Rodríguez solo tenía un flaco: su odio á instruir sumarias. Ordenarle la formación de la causa más sencilla era para él el colmo de las desdichas; y por eso la última vez que tuvo á su cargo unas actuaciones juró huir de otras como el diablo de la cruz.



Pero no le valieron coplas: la falta de oficiales, heridos unos y destacados otros, hizo que el jefe del regimiento nombrase á Rodríguez juez-fiscal en una sumaria por robo de unos zapatos. Recibida la orden, la primera diligencia que estudió fué la de darse de baja por enfermo, baja que autorizó el médico de su batallón, á quien Rodríguez exageró una insignificante dolencia que sufría.

Pasó la sumaria á otro oficial y mi compañero de casa empezó á pasar las de Caín no pudiendo salir á la calle; y harto de tanto encierro y aprovechando la obscuridad de una noche de invierno se fué á visitar á unos señores cuya hija le tenía sorbido el seso; y el demonio que todo lo enreda hizo que al volver una esquina se encontrara de manos á boca con su coronel.

—¡Rodríguez! ¿Cómo le encuentro en la calle estando de baja? ¡Pronto! ¡Explíqueme usted la causa! — gritó su jefe, hecho un basilisco.

Y Rodríguez, que tenía salidas para todo, contestó fingiendo la mayor indignación:

—Mi coronel, hace más de dos horas que he mandado á mi asistente á la botica por una medicina para mí, un bálsamo con el que logro calmar los dolores agudísimos de mi

reuma. Harto de esperar, y aún exponiéndome á coger una pulmonía, he salido á buscarle. En cuanto le encuentre, con permiso de usted, lo mandaré arrestado á la prevención.

—Nada de eso; — gritó el coronel — que esa buena pieza pase al calabozo inmediatamente; y en cuanto á usted, retírese en seguida, pues la noche no está para bromas, y cúidese, no tengamos que lamentar una agravación en su enfermedad.

Y se separaron.

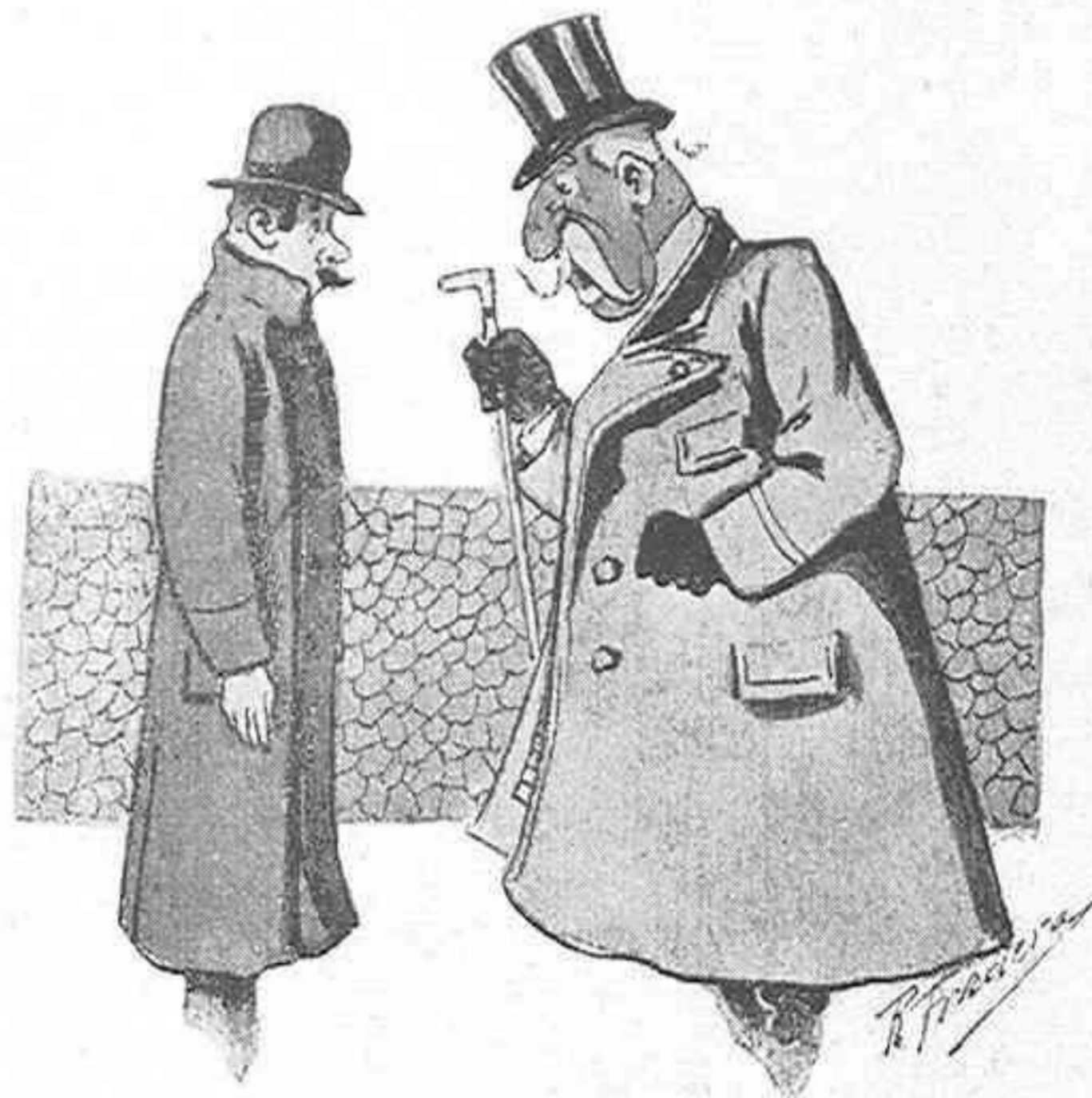
Una vez en casa, Rodríguez llamó al pobre Contreras y le mandó que se presentara arrestado en el cuartel. Y obedeció Contreras, sin atreverse á preguntar el motivo de tan dura é inesperada orden, y pasó al calabozo. Cuando al cabo de cuatro días fué puesto en libertad, Rodríguez se lo explicó todo y no por una moneda de cinco duros que le regaló, sino porque le quería como á un padre, Contreras dió por bien sufrido tan injusto castigo, pues con él evitó un gran disgusto á su capitán.

Y basta por hoy.

Otro día continuaremos pasando revista de asistentes, pues aún me quedan muchos en cartera.

CARLOS CANO

Ilustraciones de RICARDO FRADERA.



NAPOLEÓN I

Á SU LLEGADA Á LA ISLA DE SANTA ELENA
EL 18 DE OCTUBRE DE 1815

¡Espantosa visión!... ¿Es este el sueño
de gloria que halagaba el alma mía?
¿Este el orbe del cual yo me veía
único, grande, inseparable dueño?
¿Es esta roca ¡Dios! lo que, en su empeño
viril, mi brazo conquistar quería?
¿Es esta roca, dí, muda y sombría,
mi regio alcázar, ideal risueño?

¡El Sol humano fuí por mi grandeza!...
Ya, con letras de sangre, he dado al mundo
mi nombre, y lo repite cada boca...
¡Que el éter, pues, corone mi cabeza!...
Deme su armiño el piélago profundo,
y ¡¡sé mi trono tú, pérfida roca!

ANTONIO BIACCI

Habana.

A NUESTRA JUVENTUD

SONETO

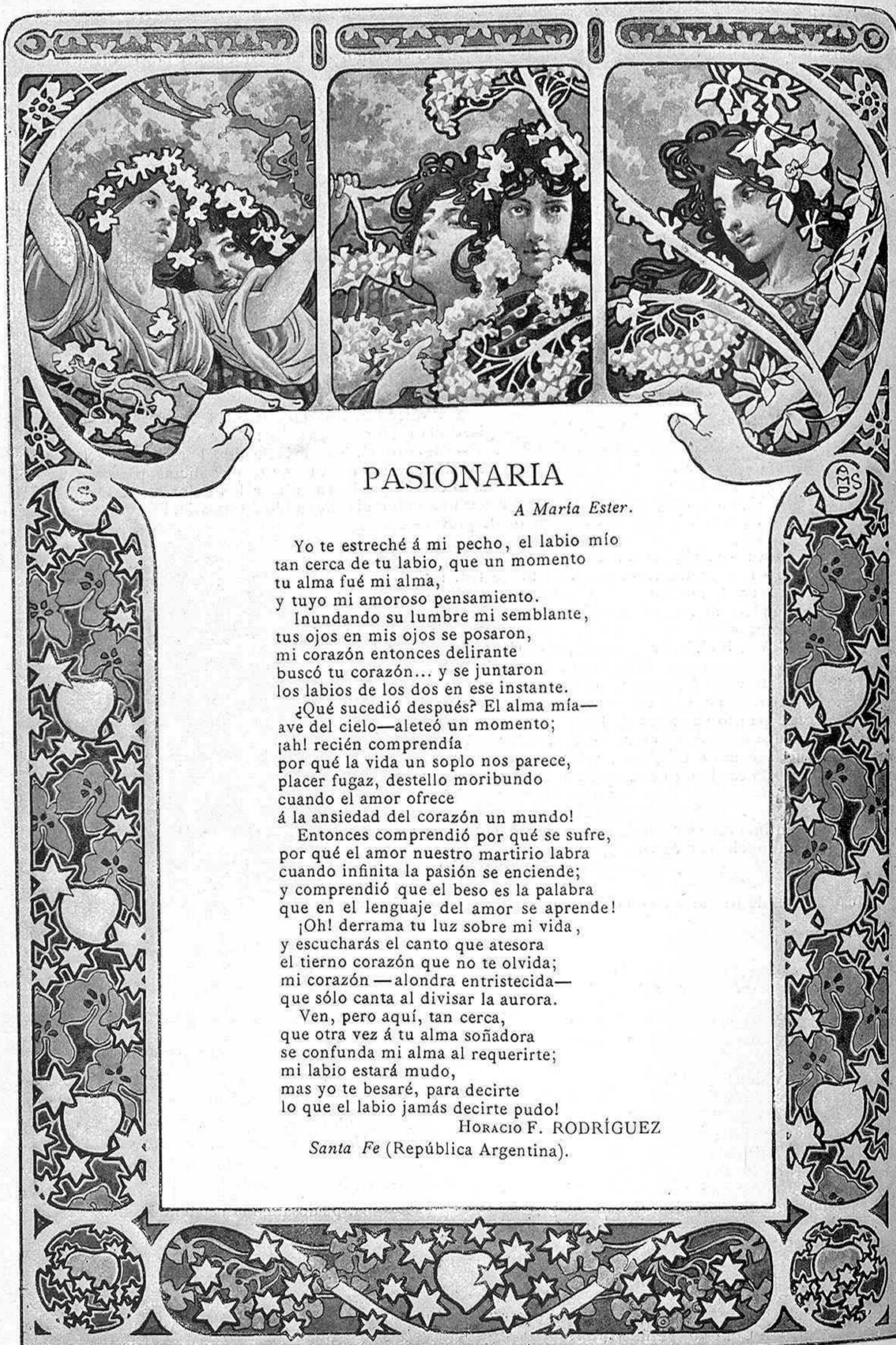
¡Juventud española, ayer ardiente
como el rayo del cielo, hoy desmayada,
¿por qué el escudo arrojas y la espada
y coronas de pámpanos tu frente?

Vuelve á la lid, con ímpetu valiente;
rompe, rompe la copa envenenada
donde fermenta el vicio, y la mirada
fija, piadosa, en la nación doliente.

¡A combatir con entusiasmo y brío
por que el sol de la gloria, el sol de oro,
reanime á nuestra patria que ya expira!

Y haz, juventud, que pase el sacro río
de la verdad, espléndido y sonoro,
por el negro fangal de la mentira!

MANUEL REINA



PASIONARIA

A María Ester.

Yo te estreché á mi pecho, el labio mío
tan cerca de tu labio, que un momento
tu alma fué mi alma,
y tuyo mi amoroso pensamiento.

Inundando su lumbre mi semblante,
tus ojos en mis ojos se posaron,
mi corazón entonces delirante
buscó tu corazón... y se juntaron
los labios de los dos en ese instante.

¿Qué sucedió después? El alma mía—
ave del cielo—aleteó un momento;
¡ah! recién comprendía
por qué la vida un soplo nos parece,
placer fugaz, destello moribundo
cuando el amor ofrece
á la ansiedad del corazón un mundo!

Entonces comprendió por qué se sufre,
por qué el amor nuestro martirio labra
cuando infinita la pasión se enciende;
y comprendió que el beso es la palabra
que en el lenguaje del amor se aprende!

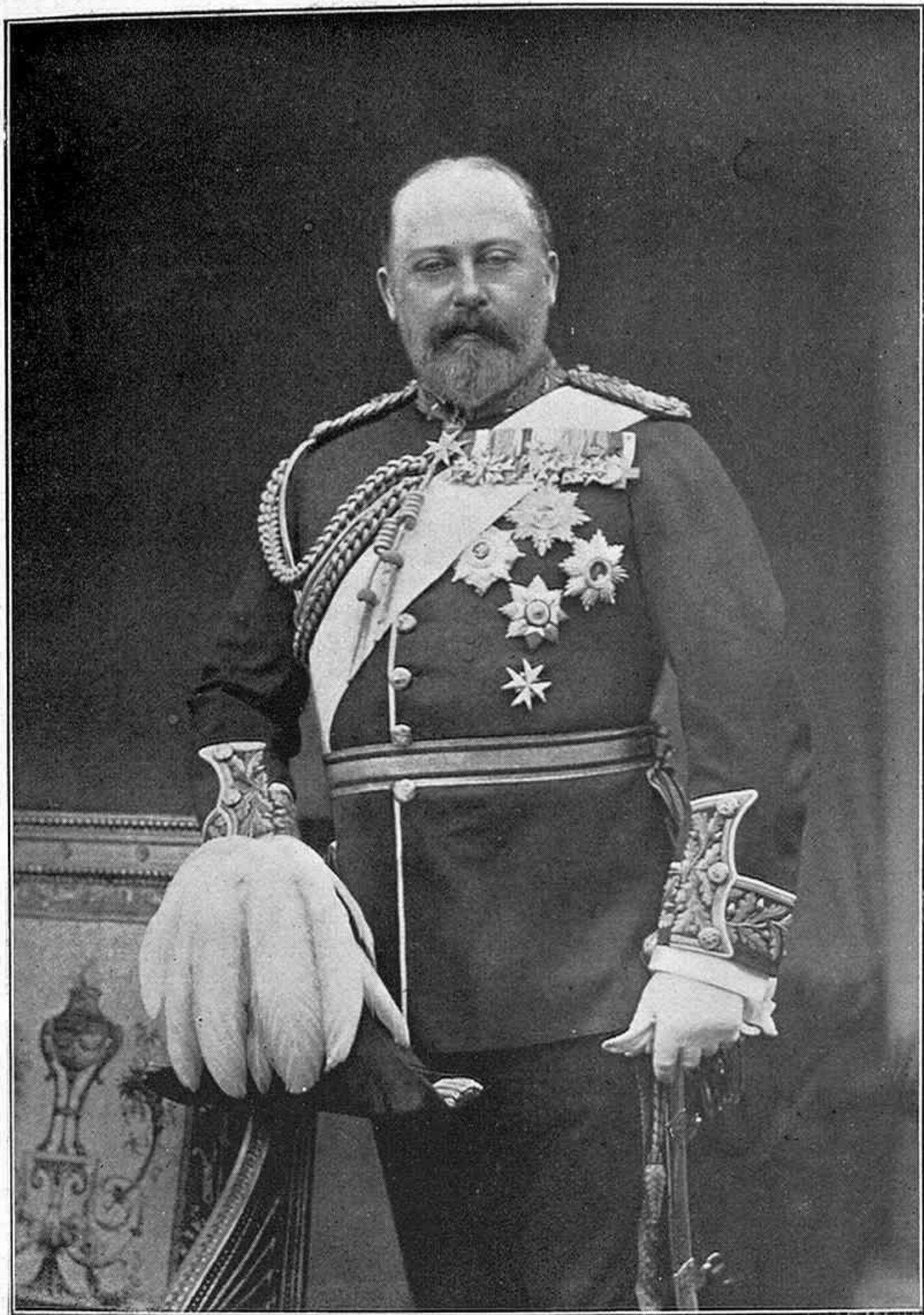
¡Oh! derrama tu luz sobre mi vida,
y escucharás el canto que atesora
el tierno corazón que no te olvida;
mi corazón —alondra entristecida—
que sólo canta al divisar la aurora.

Ven, pero aquí, tan cerca,
que otra vez á tu alma soñadora
se confunda mi alma al requerirte;
mi labio estará mudo,
mas yo te besaré, para decirte
lo que el labio jamás decirte pudo!

HORACIO F. RODRÍGUEZ

Santa Fe (República Argentina).

Dibujo de G. CAMPS.



Fot. W. & D. Downey. (Londres).

EDUARDO VII, REY DE INGLATERRA

Es hijo segundo de la Reina Victoria y nació en el palacio de Buckingham el 9 de Noviembre de 1841; raya, pues, en los sesenta años, habiendo sido nombrado coronel á los diez y siete.

En 1859 dió comienzo á una larga serie de viajes por Italia.

Fué á América en 1860. Al desembarcar en Nueva York estuvo á punto de morir, agredido por un marinero loco. El año siguiente (1861) visitó á Alemania, Austria, Egipto, Turquía y Grecia. En 1862 fué á París, siendo recibido por Napoleón III en Fontainebleau, y en Septiembre por su futuro suegro y futuro Rey de Dinamarca, en Ostende. En Marzo de 1863, y después de un viaje á Roma, se casó con su prometida Alejandrina de Schleswig-Holstein, celebrándose el matrimonio en el palacio de Windsor.

En Abril de 1875 la Cámara de los Comunes votó un crédito para los gastos del viaje del príncipe á las Indias. Embarcóse en Dover el 11 de Octubre; descansó brevemente en Egipto y continuó su viaje á Bombay, á donde llegó el 8 de Noviembre. En Marzo de 1876 regresó á Europa por el Canal de Suez, siendo recibido en Lisboa y Madrid por los Reyes de España y Portugal.

Viajero infatigable, iba frecuentemente á París, pasaba los veranos en Noruega, y no perdía en su tierra ninguna de las grandes cacerías de otoño. Hombre de sport y de club, tenía de muy antiguo el privilegio de fijar las modas de cada temporada.

Con la edad ha ido renunciando á tales vanidades juveniles; pero no hace todavía tres meses que impuso á los sastres y á los elegantes del Reino Unido la novedad del sombrero flexible, de color verde, y de las levitas de una sola fila de botones.

Es posible que todo esto haya concluído; pues hoy pesan sobre él atenciones bastante más graves.

LEYENDA ÁRABE

Podéis creer las palabras del viejo parsi, porque jamás manchó sus labios la mentira. He aquí lo que me explicó para condenar el egoísmo, germen de toda mala acción:

«Abdallah ben Ossein había sido un varón muy justo, un creyente convencido; pero el demonio del egoísmo se había posesionado de él y, en cuanto se trataba de asuntos que le atañeran, olvidaba justicia y bondad y religión.

»Muchas veces se le había echado en cara tan feo defecto; pero, aun cuando justo y bueno en el fondo, sentía tal amor hacia sí mismo, que le era de todo punto imposible renunciar á su pícara costumbre de preferirse y de preferir lo suyo á todos y á todo lo del prójimo.

»Una vez ocurrió que el hombre se puso enfermo y en trance de muerte. Y por no querer escuchar los ajenos consejos y por fiar tan sólo en su experiencia, Abdallah cerró para siempre los ojos á la luz del día, y compareció ante la presencia de aquel que, después de nuestra estancia en el mundo, juzga de nuestra conducta y nos castiga ó nos premia según hemos sido buenos ó malos en nuestra transitoria peregrinación.

»Con gran sorpresa suya, Abdallah, ¡bendito sea su nombre! le condenó al fuego eterno.

—»Yo fuí justo, Señor; yo seguí los preceptos de tu santa religión. ¿Por qué me condenas?

—»Verdad que sólo en una cosa pecaste: en ser egoísta; pero el egoísmo es la peor de las calamidades y tienes que padecer la pena de tu culpa

—»¿Y no hay redención para mí?

—»Dentro de unos siglos veré si te has curado de tu egoísmo; si así es, serás salvo.

Y transcurrieron los siglos, y Abdallah sufrió punzantes tormentos, y un día se abrió un boquete en el techo del Averno, y por él bajó un hilo de araña muy tenue, y se oyó una voz angelica que decía:

—»Abdallah ben Ossein, sube por este hilo hasta el Séptimo Cielo.

»Y Abdallah hizo lo que le mandaban y subió, subió sin descanso. ¡Iba á salvarse!

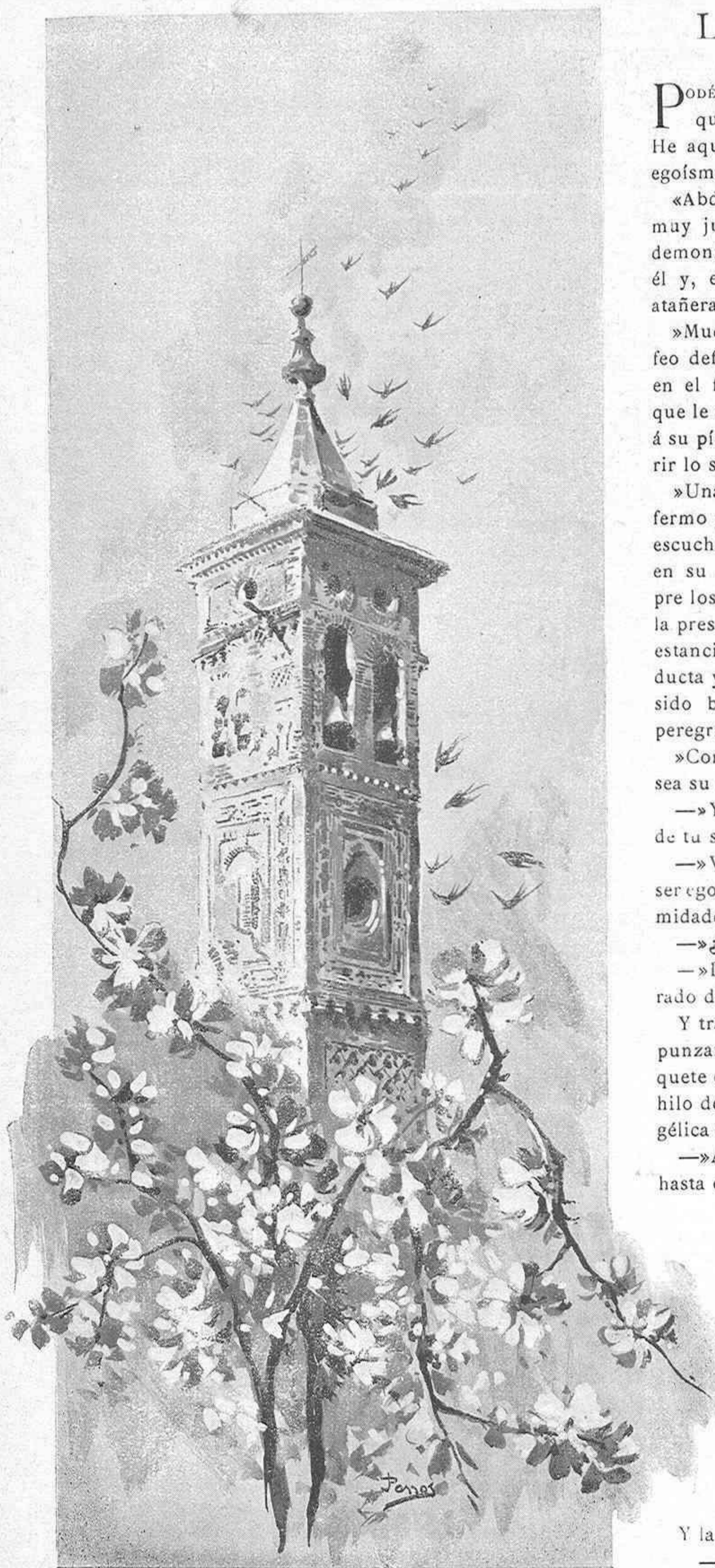
»De repente, se volvió airado y miró hacia abajo. Otros condenados se habían asido al hilo de araña, esperando salvarse.

—»Soltáos,—gritó colérico Abdallah;— vais á romper el hilo, y yo me caeré.

»Apenas acababa de pronunciar estas palabras, rompióse la famosísima cuerda.

Y la misma voz de ángel clamó:

—»El egoísmo, es la peor de las calamidades... y tú eres egoísta.»



Dibujo de J. PASSOS



LAS CARAMELLAS. — FIESTAS POPULARES DE CATALUÑA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII.

LA CAPA ROJA

Leyó una vez el anónimo, ... y otra, ... y otra, y aún dudaba, no sólo de si sería verdad lo que decía, sino hasta de si en él estaban escritas aquellas palabras que tan inesperadamente venían á echar por tierra todos sus dulces ensueños de amor.

«Carmela no te quiere... Te engaña con Eduardo», decía el anónimo.

Y Eduardo era su mejor amigo, el amigo verdadero; el que conocía todos sus más secretos pensamientos; el primero que supo que él adoraba á Carmela; el único que sabía cuánto, cuánto la adoraba ..

Por eso la terrible noticia no podía ser verdad... ¡Todo, todo era una infamia!... Aquel anónimo calumnioso era, indudablemente, obra de algún envidioso, de la dicha que él tenía con poseer el cariño de su Carmela...

¡Un anónimo es siempre despreciable!, se decía, ¡pero éste lo es mil veces más!... ¿Por qué había de preocuparse?... Lo mejor era no pensar en ello .. Como si no se hubiera recibido... ¡Sí, eso era lo mejor!... ¡Lo mejor!...

Y, á pesar de todas estas reflexiones y de otras que durante mucho tiempo se hizo el atormentado amante, por fin, vencido por la duda, que es terrible, y por los celos, que son más terribles que la duda, fingió á Carmela que el anónimo era una carta de negocios que le obligaba á emprender inmediatamente un viaje, y después de larga despedida en la cual su adorada vertió tantas lágrimas que, de no ser tan atroces los celos que sentía, hubieran alejado de su mente toda idea de infidelidad y hasta casi, casi, le hubieran hecho avergonzarse de su duda y de la estratagema que, con aquel fingido viaje, proyectaba, salió de la casa, verdadero nido de sus amores, prometiéndose interiormente que bien pronto había de salir de su incertidumbre y jurando que, si era cierto lo que en el anónimo se le decía, . . iba á ser preciso que doce honrados ciudadanos se molestasen en tener que escuchar atentamente todas las sesiones de un juicio, para luego declarar solemnemente que él no era culpable absolutamente de nada...

* * *

Aquella misma noche creyó tener la prueba de su desgracia.

Eran las nueve, y apenas llevaba media hora espiando,



desde lejos, la casa de Carmela, cuando la vió salir precipitadamente.

¿A dónde iría?... ¿Quizá...?

Y la siguió á distancia, para que no le viera, y á cada calle en que entraban sentía un estremecimiento, mezcla de curiosidad, mezcla de rabia, como si temiera verla desaparecer en el fondo obscuro de cualquiera de los portales.

A veces, y por ese deseo de cerrar los ojos á la realidad, cuando ésta es triste, se preguntaba si aquella mujer á quien, desde ya hacía rato, venía siguiendo, no sería su Carmela. La distancia que los separaba y la obscuridad de la noche le impedían verla el rostro casi oculto, además, por el alto cuello de la capa.

¡La capa!... ¡Esa sí que era la de Carmela!...

¡Qué recuerdos tenía para él aquella capa roja!... Con ella la había conocido, ... con ella la había visto, después, en sueños infinidad de veces, ... con ella había cubierto cuidadosamente

los diminutos pies de su amada un día triste en que ésta cayó enferma de gravedad, ... con ella habían adquirido dinero para comprar las últimas medicinas cuando, agotados ya todos los recursos por una larga convalecencia, fué preciso recurrir á empeñar las prendas más queridas, las de más grandes recuerdos...

Sí, ¡aquella capa era la suya, la conocía bien! Y si la capa era la de su Carmela, ¿quién había de ser sino ella la mujer que la llevaba?...

Aún iba más allá en sus razonamientos y, en su afán de ser dichoso á toda costa, en la heroica lucha que venía sosteniendo con la evidencia, pensó que bien podía otra persona haberse puesto aquella capa.

Pero hubo un momento en que ya no pudo razonar más y en que le fué preciso rendirse á su desgracia. Carmela había entrado en una casa; ¡en la casa donde vivía Eduardo!...

Y entonces el anónimo apareció cruelmente ante su imaginación y, loco, frenético, penetró en el portal y subió de cuatro en cuatro los desgastados escalones...

* * *

Oprimía nerviosamente entre su mano el tirador de la campanilla y ya se disponía á llamar en la habitación donde estaban los infames, cuando nuevas y más pacíficas ideas invadieron su cerebro, primeramente, y después y poco á poco, su corazón.

Eduardo era su mejor amigo, bien se lo había probado infinidad de veces... Si ahora le era traidor, sería... sería... ¡por lo que fuese!... Quizá cediendo á los ruegos y á las súplicas de Carmela...

¡Oh, sí, ella era la infame, la miserable, la culpable de todo! Eduardo había caído como cae cualquier hombre cuando una mujer se propone que caiga... Pero, por esto, ¿iba él á olvidar todos los inmensos beneficios que le debía?... ¿Iba á matar, — ¡á matar, no! — iba á borrar una amistad de tantos años?... ¡No, y mil veces no!... El necesitaba vengarse, pero le bastaba una víctima.

¡Que esa víctima fuese Carmela!...

Y, poco á poco, bajó la escalera, y salió nuevamente á la calle, y se dirigió á la casa de aquella mujer, á quien tanto amaba, pensando una venganza horrible, cruel, monstruosa...

—Nada, nada de escándalo, — se decía...—Ella volverá á casa... La esperaré allí, y cuando vuelva... antes de darla tiempo á quitarse su capa roja, ¡roja como la sangre!... entonces, ... entonces...

* * *

Cuando llegó, encontró á Carmela en casa.

Una alegría inmensa se apoderó de su alma; esa gran alegría que se siente al despertar de un sueño muy triste.

Porque todo había sido un sueño, sí. Indudablemente, no es ella la que he seguido, — se decía. — ¡No hubiera tenido tiempo para volver á casa!...

¡Eso era lo lógico! Y sin embargo, el demonio de la duda, tan rebelde para soltar la presa que fácilmente se ha aferrado, le roía aún al corazón.

Veía manifiesto su engaño. No podía ser Carmela la mujer á quien había seguido, á impulso de sus instintos celosos, hasta dejarla en la casa de Eduardo..., y, no obstante, se sentía acosado por tener desconfianza.

La presencia allí de aquella mujer, cuando él la creía en brazos de su amigo, hubiera bastado para tranquilizar del todo á cualquier otro cuya razón no se hallara tan ofuscada como la suya.



Algo más tranquilo, ya que no convencido por completo, procuró que mostrara su semblante la habitual sonrisa y dijo cariñosamente á Carmela:

—Ya me tienes de vuelta.

—¡Calle! ¿te ha escapado el tren?

—No: lo he pensado mejor, y... no me marchó.

—¿De veras? ¡cuánto me alegro—exclamó ella, no disimulando el placer que le causaba la noticia.

—El asunto no merece que me pase unos cuantos días separado de ti. Probablemente, podré arreglarlo por cartas.

—¡Cuánto me alegro! ¡Si vieras! ¡Me tenía tan desconsolada tu ausencia!

—¡Será cierto, querida mía!

—¡Pues si no he cesado de llorar en toda la tarde!

La dulzura de estas palabras, la tranquilidad con que Carmela le recibió, sus caricias, su contento al saber que ya había desistido del viaje, todo, hicieron pensar al celoso amante que ó aquella mujer era inocente, ó era la más despreciable de las criaturas.

Pero su capa roja... ¡su capa roja!

..... Su capa roja la traía puesta una persona que entró de improviso en la habitación y que, al verle, lanzó un grito de asombro. Era la doncella de Carmela.

Entonces el enamorado creyó comprenderlo todo: el autor del anónimo se había equivocado como él mismo se había equivocado aquella noche, y, al ver la capa roja, tomó á la doncella por Carmela... ¡Oh, qué felicidad más grandel... Sí, ya estaba bien seguro; la doncella era la amante de Eduardo...

Jamás se había sentido más dichoso que entonces, y, arrojándose á los pies de Carmela, la confesó, arrepentido, sus celos é imploró su perdón...

¡Ahora sí que ya no le cabía duda alguna!... Eduardo era el mejor de los amigos y Carmela, ¡su Carmela!, la mejor de las mujeres...

* * *

Poco después, y mientras el enamorado feliz soñaba con toda su felicidad, Carmela decía severamente á su doncella:

—Cuidadito con volver á ponerte mi capa... ¡Ya ves el disgusto que ha podido costarme!

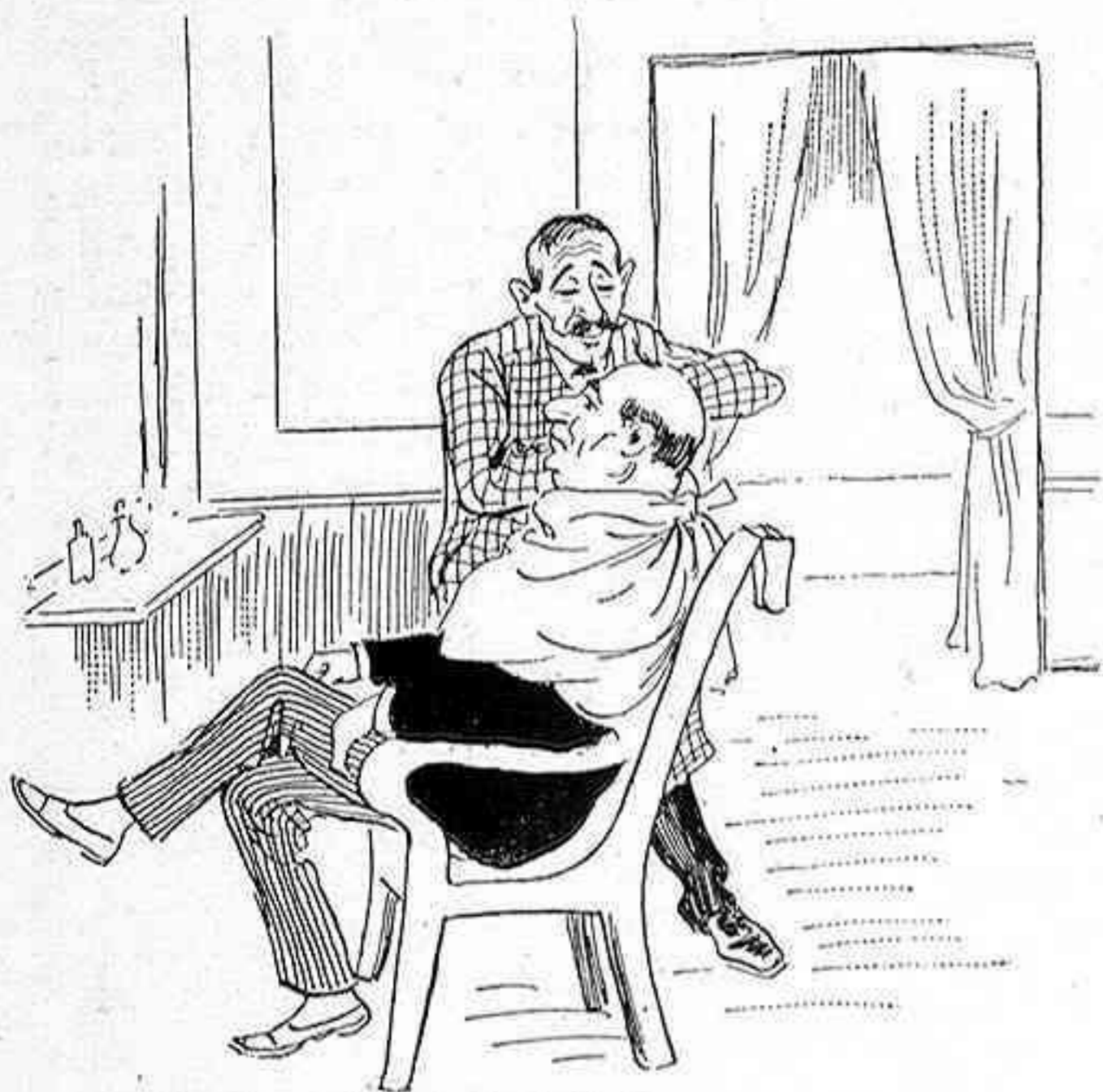
—Y añadió, entregándola un billete perfumado que acababa de escribir:—Vuelve otra vez á casa del señorito Eduardo y entrégale en seguida esta carta.

La carta decía solamente: «Ya no vengas esta noche... Mañana; como siempre».

PEDRO SABAU



Recordamos que las soluciones deben estar en nuestro poder antes del 13 de Abril.



1.—¿Le hace á usted daño?
—No, señor, va como la seda.



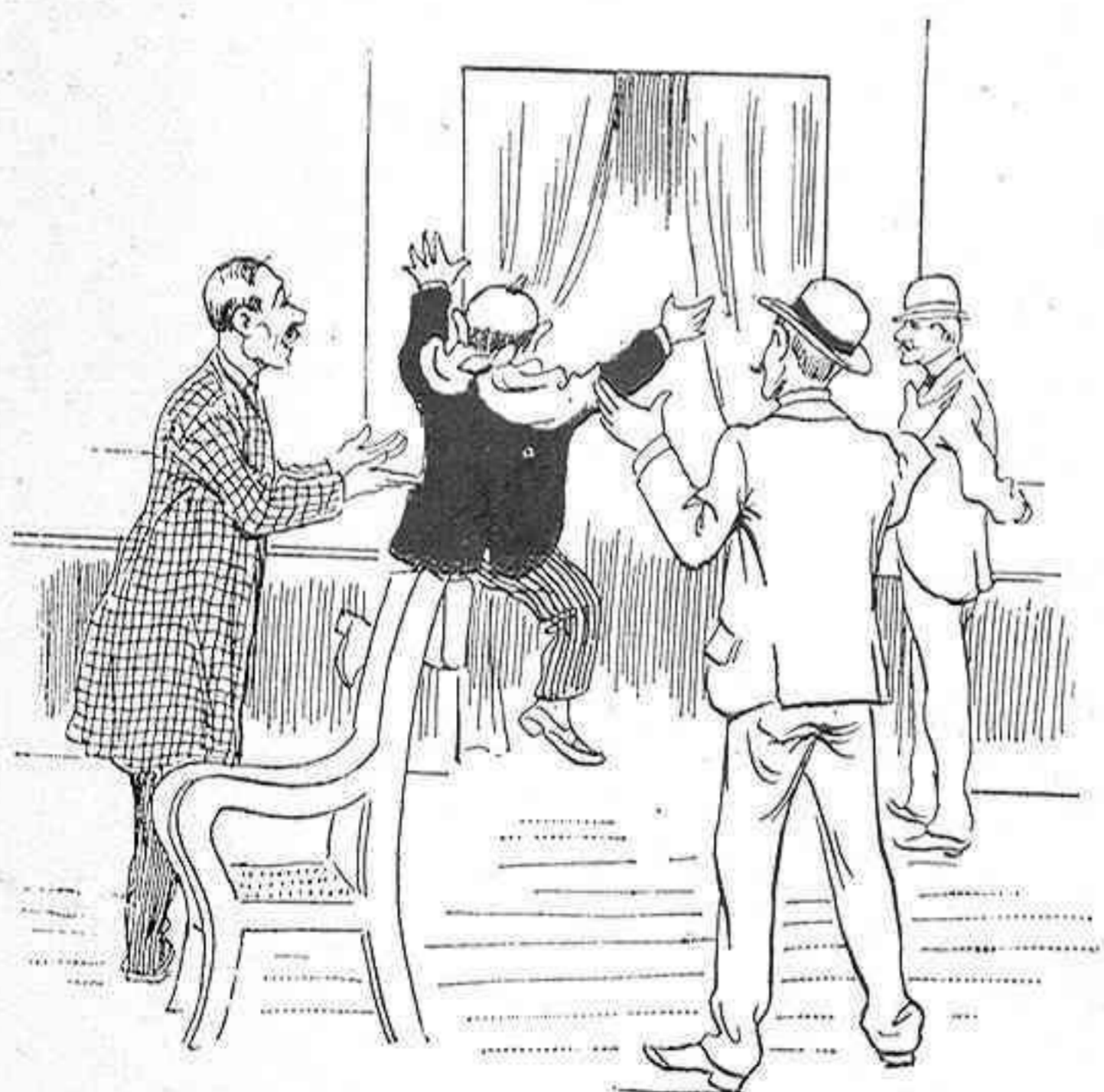
2.—Chico, un incendio horroroso. Todo auxilio ha sido inútil. Allí no ha quedado nada en pie.



3.—¿Y ha habido desgracias personales?
—Muchas, las pobres monjas que han podido escapar, iban medio desnudas por las calles.



4.—¿Un incendio en un convento?
—Sí, señor; formidable.
—¿Y dónde ha sido?
—En Santa Ana.

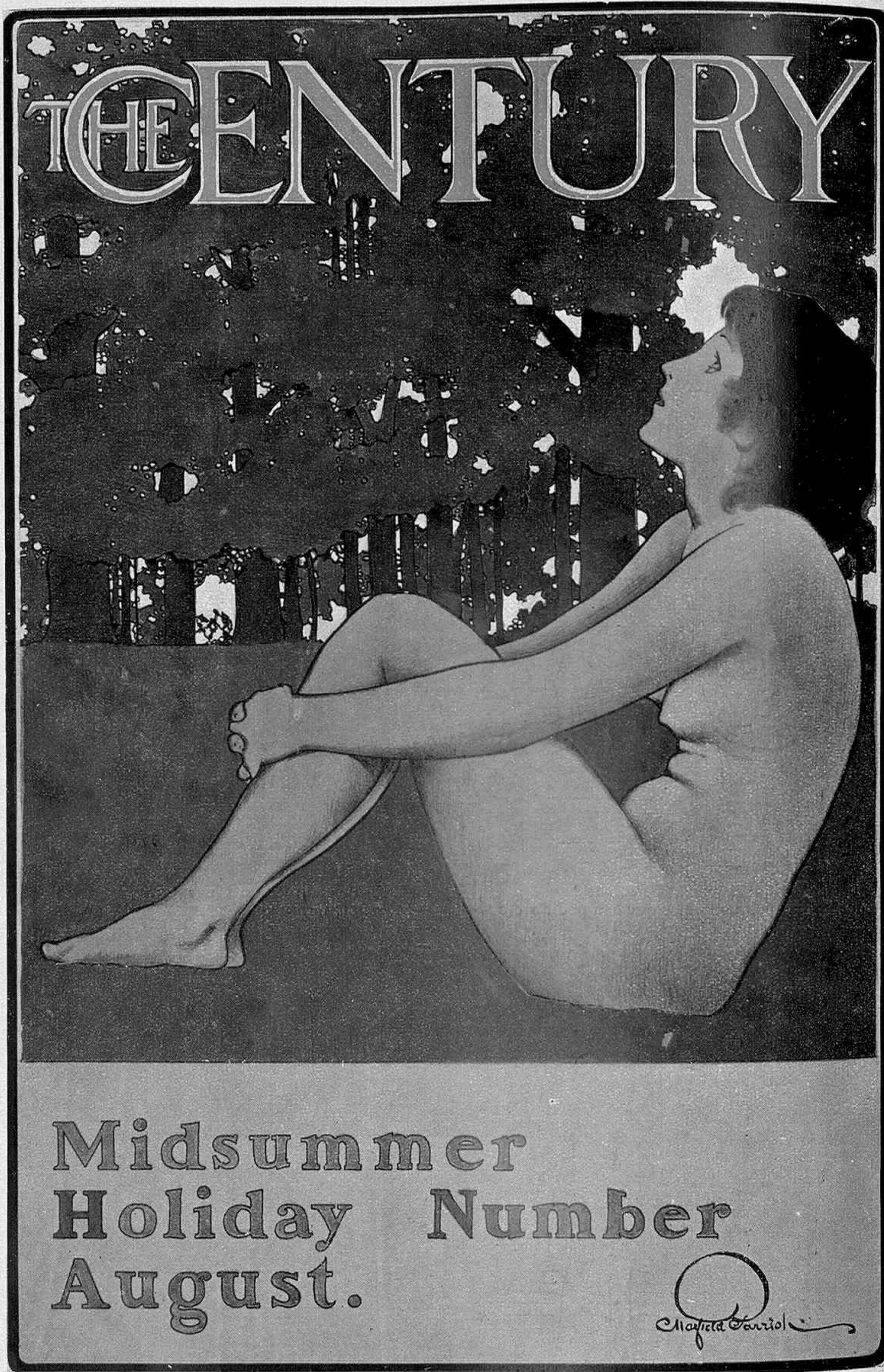


5.—¿En Santa Ana? ¡Qué desgracia! Si estará mi hermana entre las víctimas, ¡qué horror, voy corriendo!
—¡Pero, caballero!



6.—¡Oiga usted, caballero!
—¡No me detenga usted, por Dios! ¿qué hay?
—Que el siniestro ha sido en Alcañiz.

Fot.- Tip.- Lit. del «Album Salón.»



Midsummer
Holiday Number
August.

Mafalda Parriot

Cartel anunciador del periódico «The Century». — Nueva York.